

Los fantasmas en el baldío

No se les llamaba propiamente baldíos a los predios despoblados que abundaban en nuestra ciudad colonial. El uso popular los bautizó “huecos”, y quién sabe si no era más apropiada esta denominación.

Hubo un “hueco” que se hizo famoso por aquellos días, y que abarcaba una manzana entera: la deslindada por las calles actuales Buenos Aires, Reconquista, Alzáibar y Zabala —entonces San Sebastián, San Ramón, San Agustín y San Francisco— Subsistió hasta pasada la Guerra Grande, y fue conocido por el vecindario —y así lo recogió la crónica— con el hermoso nombre de “Hueco de la Cruz”.

Esa cruz a que se alude fue real, estuvo allí. Surgió de un hecho luctuoso ocurrido en ese predio y que alimentó pronto leyendas y supersticiones en el vecindario fácilmente impresionable. Un hombre apareció asesinado en el lugar. Por entonces era costumbre colocar una cruz en el sitio donde se encontraran muertos, y hasta era común acompañarla con inscripciones alusivas:

*“Aquí mataron a un hombre,
con un acero muy cruel
que el corazón le partió
Roguemos a Dios por él”.*

Nuestros vecinos eran muy aficionados a historias de aparecidos y seres de ultratumba, de modo que no es de extrañar que aquel paraje signado por el crimen y con su cruz imponente, se convirtiera pronto en lugar frecuentado por almas en pena que vagaban durante la noche dando aullidos, acompañándose de los infaltables ruidos de cadenas, mientras les bailaban alrededor los fuegos fatuos. A tanto llegó el pavor que infundía ahora el Hueco de la Cruz, que nadie se arrimaba al lugar después de puesto el sol. Apenas si se atrevían a andarle cerca de la luz del día, pero santiguándose y diciendo oraciones entre dientes.

Fue preciso que apareciera un día un montevideano de sólida fe, que mandó construir, en medio del Hueco mismo, un nicho con una lámpara votiva; y allá marchó una procesión imponente, encabezada por curas de fama y con todo el aparato que pide el ritual. Fue rociado el descampado con agua bendita, se dijeron eficaces frases de exorcismo, y así quedaron expulsados los fantasmas. Nuestros crédulos montevideanos recuperaron aquel baldío tan cómodo, que tanto les servía para un fregado como para un barrido, como se verá enseguida (pero cuentan que no faltaron quienes hasta mucho después, pasaban por el Hueco mirando de reojo y silbando bajito).

Variados fueron, sí, los usos de tal descampado. Por lo pronto, allí “paraban” las carretas con mercaderías que llegaban a Montevideo desde la campaña, al tranco de sus bueyes monocordes y con la infaltable pandilla de cuzcos correteando detrás. Los carreros acampaban por días, armaban en el Hueco sus fogones, churrasqueaban sin apuro, proseaban por las noches en rueda. Largas eran también las horas de saborear el amargo, que les atizaba la nostalgia de nuestras llanuras inacabables, pues no eran aquellas gentes de encerrarse en poblado. Ni siquiera con

el incentivo del paseo de las morenas pasteleras que rondaban el lugar por saberlo concurrido, ofreciendo sus manjares a razón de dos por un medio...

Por dos veces, en otras tantas guerras, la fisonomía de aquel despoblado se tornó patética, desolada. Durante el sitio que padeció Montevideo entre los años 1811 al 14, aquí vino a refugiarse gente emigrada del campo; y hubo que aprovechar el espacioso Hueco para que las familias armaran como mejor pudieran “barracas de cuero improvisadas bajo toldillas de jerga”, cuando no empleaban de habitáculo las carretas mismas. Y estas escenas dolorosas se repitieron puntualmente en la Guerra Grande, ahora con familias coloradas de las inmediaciones, que se refugiaron en Montevideo por temor a los sitiadores de Oribe, y que otra vez acamparon en el Hueco acogedor.

(Milton Schinca, en “Boulevard Sarandí. Memoria anecdótica de Montevideo. Tomo 1. De la Colonia a los tiempos de Artigas.” Ediciones de la Banda Oriental.)